

Presidente Obama

LA VANGUARDIA, Editorial, 18.01.09

LA toma de posesión de Barack Obama como 44º presidente de Estados Unidos abrirá el próximo martes una nueva etapa en las relaciones de la única superpotencia con el resto del mundo. El mundo ha cambiado en los últimos ocho años, con George W. Bush en la Casa Blanca, pero no lo ha hecho como la Administración saliente pretendía. Y la herencia que recibirá Obama, tanto en el interior como en el exterior, es un pesado fardo.

El mundo ha conocido cambios profundos, tanto políticos como económicos, sociales y tecnológicos. La desaparición de la Unión Soviética puso fin a la guerra civil europea del siglo XX y dejó a Estados Unidos como única superpotencia, lo que cambió el mundo de arriba abajo. Y los atentados del 11 de septiembre fueron interpretados por la Administración Bush como la oportunidad histórica para alumbrar otro orden internacional basado en cuatro ideas: la preservación del flamante orden unipolar, la primacía de la fuerza, el ejercicio unilateral del poder y el derecho a desencadenar una guerra preventiva aunque la amenaza no fuera inminente. Un fracaso.

En Asia se ha gestado el acontecimiento económico de nuestra era: el ascenso de China e India, las dos superpotencias demográficas. En Oriente Medio, el conflicto palestino-israelí sólo ha hecho que enconarse. Las guerras de Afganistán e Iraq han alimentado el resurgir del islam político y del terrorismo apocalíptico. La globalización se ha acelerado con decisivas innovaciones tecnológicas. Y las migraciones se han

mundializado con las globalizaciones de la economía, del transporte y de la información, que han achicado el mundo.

El poder estuvo poco repartido en el siglo XX. Hubo dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, y dos enanos políticos pero gigantes económicos, la Unión Europea y Japón. El siglo XXI será diferente. China e India emergen como grandes potencias, y el poder que en los últimos siglos se ha concentrado en Occidente se está dispersando. La prueba ha sido la cumbre de Washington que celebró a finales del año pasado el G-20, grupo integrado por los países ricos del G-7 y las potencias emergentes, sobre la crisis del sistema financiero internacional. Este conclave fue sólo el inicio de un proceso con voluntad de reforma, pero la presencia de los países emergentes fue una prueba del cambio operado en el poder mundial.

Los desafíos que ahora tiene planteados Barack Obama, pues, no son los mismos que tuvieron sus predecesores desde el final de la Segunda Guerra Mundial. El mundo del siglo XXI es multipolar, a diferencia de la escena bipolar de la posguerra. Y en este contexto, la próxima Administración, como han avanzado algunos de sus integrantes, se ha declarado partidaria de una política exterior pragmática y multilateral.

¿Será el siglo XXI norteamericano como lo fue el siglo XX? La influencia de Estados Unidos se ha reducido en los últimos años, pero sigue siendo la única superpotencia. Más que empequeñecerse, aunque la recesión económica le golpea, lo que ha ocurrido es que los pequeños han crecido. Obama, en este contexto, habla de multilateralismo. Es la solución más pragmática e inteligente para el mundo y también para defender los propios intereses. La influencia de Estados Unidos

dependerá en el futuro, al menos en parte, de la percepción que el mundo tenga de este país, si lo considera un poder benigno o un poder arrogante.